

disparos. Quedaron por orden del Médico doce hombres para custodiar a los prisioneros y a los cuales les ordenó que en caso de tener necesidad de huir, si se presentaban fuerzas enemigas, los ejecutasen para que no estorbaran su marcha.

En la noche del día ocho de abril tuvieron conocimiento los prisioneros que la escolta de un correo imperial que procedía de Escalona, en la creencia de que los Numantinos de Palarea se encontraban lejos de aquellos territorios, se habían aventurado a salir y caminaba tranquilamente a orillas del Alberche con intento de tomar la carretera general de Extremadura que de E. a O. atraviesa Valmojado con dirección a Madrid. Las avanzadillas de los Numantinos la habían atacado y sus disparos escuchados en el campamento habían salvado la vida al edecán del mariscal Berthier.

El ataque se había verificado el día seis de abril en Métrida contra la escolta del correo de Napoleón, la cual, después de una corta resistencia con pérdidas cuantiosas, hubo de retroceder hacia Escalona dejando en manos de los Numantinos numerosos prisioneros; tres de ellos heridos fueron arcabuceados antes de ponerse en marcha. Volvieron los guerrilleros a donde tenían sus prisioneros y desde allí continuaron la marcha, yendo al frente D. Juan Palarea que caminaba taciturno con fruncido ceño. Relata a continuación Lejeune las costumbres, armas, caballos y vestimenta de los Franco Numantinos. Armas que no tenían que fabricar porque en su mayoría eran cogidas a los franceses, lo mismo que los caballos que montaban. Su vestuario, múltiple y diverso con notas de variado colorido, porque si bien la mayoría llevaba el uniforme de húsar conforme al uso reglamentario del cuerpo a que pertenecían, otros vestían uniformes cogidos al enemigo y entre ellos se mezclaban los de cocarderos, dragones e incluso trajes civiles. Tampoco era perfecto su abastecimiento porque comían sobre la marcha con lo que encontraban a su paso, bien proporcionado por la Intendencia enemiga, bien lo recogido a las dispersas tropas francesas puestas en huida o simplemente lo que les suministraba el terreno por donde pasaban.

Refiere García Rodríguez, recogiendo noticias de esta época, que era tanta la sobriedad de su comida que, como solían comer harina de algarrobas amasada con leche, salvado cocido, hierbas y sebo, se estrechaban sus estómagos y sufrían frecuentes jaquecas. Y muchos que se encontraban en esta situación, durante el descanso metían la mano en agua hirviendo y cortando la más hinchada de sus venas se practicaban una san-

